|  |
| --- |
| MESA 12 Lenguaje, Deseo, Cultura. Perspectivas estructuralistas y posestructuralistas |
| **Título de la ponencia:**La modernidad avanzada como contexto de desarrollo y profundización de la crisis ambiental  **Autor/es:** Ofelia AGOGLIA (UNCUYO- FCEN), Florencia TARABELLI (UNCUYO- FCEN), Martín PEREZ SOSA (UNCUYO- FCA) y Camilo ARCOS (UNCUYO- FCA) |
| **Resumen:**  A partir del análisis de la obra de Bauman, se busca inferir la relación causal entre las características de la modernidad avanzada y la profundización de la crisis ambiental, teniendo en cuenta las contradicciones que se vislumbran entre las evidencias científicas que dan cuenta de su acrecentamiento y las dificultades que conlleva la implementación de estrategias alternativas de resolución, considerando la capacidad del sistema de integrar los elementos distorsivos y subsumir las propuestas críticas a través de dispositivos o mecanismos de reproducción, desde los cuales, las relaciones de poder subyacentes al proceso de ruptura ambiental se mantienen inalterables. El trabajo enfatiza la sensación de incertidumbre que provoca la radicalización de los valores modernos sobre el proceso de construcción de identidad, así como la incidencia del proceso globalizador en la extraterritorialidad del poder y la globalización de patrones de consumo. En virtud de lo expuesto se profundiza en el análisis respecto a la ruptura de la relación espacio temporal y sus efectos sobre el proceso de emancipación (objetivo central de la teoría crítica) y la conformación de la individualidad. Dimensiones que, desde su concepción, constituyen algunas de las características más relevantes de la modernidad en su etapa líquida. |
|  |

El presente trabajo[[1]](#footnote-0) profundiza en la relación causal que se advierte entre las características más relevantes de la modernidad avanzada y sus efectos sobre la profundización de la crisis ambiental. Parte de los siguientes supuestos: existen fuertes contradicciones entre las numerosas evidencias científicas que dan cuenta del acrecentamiento y la relevancia de la crisis ambiental y la implementación de estrategias viables para su resolución. Dichas contradicciones se visualizan como resultado de la capacidad del sistema de subsumir sus elementos distorsivos a través de dispositivos o mecanismos de reproducción, desde los cuales, las relaciones de poder subyacentes al proceso de ruptura ambiental se mantienen inalterables.

Para intentar responder a estos supuestos, el trabajo se estructura en dos partes. En la primera, se recurre al análisis desarrollado por Zygmunt Bauman sobre las dimensiones críticas de la modernidad avanzada[[2]](#footnote-1), considerada como contexto situacional de profundización de la crisis ambiental.

Particularmente se enfatiza en el abordaje de la ruptura espacio temporal, su incidencia sobre la extraterritorialidad del poder, la homogeneización de patrones de consumo y sus efectos sobre la conformación de la individualidad, enfatizando en la sensación de incertidumbre que provoca la radicalización de los valores modernos sobre la construcción de identidad y el proceso de emancipación. Dimensiones que constituyen algunas de las características más relevantes de la modernidad en su etapa líquida.

La segunda parte, enfatiza en la relación del contexto situacional descrito con algunas de las categorías principales que ponen de manifiesto la profundización de la crisis ambiental y dan cuenta de las dificultades de su resolución en el contexto de la modernidad avanzada, según la posición de la corriente ambiental crítica.

Introducción

Según la posición de Bauman (2000, 2001, 2005, 2010), la modernidad líquida, enmarcada en el proceso globalizador posterior a la finalización de la guerra fría, surge como consecuencia de la radicalización de los valores sobre los que se sustenta la modernidad en su etapa sólida.

Desde sus inicios, la modernidad se propone derretir los sólidos (valores y tradiciones sobre los que se sostiene el sistema) del régimen pre-moderno, eliminando el residuo del pasado en el presente, para luego reconstruir un orden alternativo establecido a partir de nuevos y mejores valores que reemplacen sólidos defectuosos por sólidos confiables e inalterables (Bauman, 2000).

Su objetivo es establecer leyes que determinen el funcionamiento de la sociedad tomando como parámetro el modelo de las ciencias físico naturales, para lo cual resulta necesario convertir al mundo en algo predecible y controlable.

El advenimiento de la modernidad se consolida a partir de la disolución de los sólidos pre-modernos y su reemplazo por nuevos y remozados valores. Dicha disolución, rompe el tejido social del antiguo sistema, dejándolo desprotegido y expuesto, incapaz de resistir a los embates de la nueva racionalidad sustentada en la hegemonía de las relaciones de mercado.

La ruptura de los sólidos pre-modernos, deja el campo libre al dominio de la racionalidad instrumental, convirtiendo al resto de los ámbitos de la vida social en instrumentos de acción tendientes a garantizar el funcionamiento aceitado y constante de un sistema económico progresivamente emancipado de los condicionamientos políticos, éticos y culturales (Bauman, 2000, 2005).

El sistema normativo se rigidiza, produciendo una brecha cada vez más infranqueable entre el orden económico dominante y cualquier tipo de acción alternativa. “El orden económico llegó a dominar la totalidad de la vida humana, volviendo irrelevante e inefectivo todo aspecto de la vida que no contribuyera a su incesante y continua reproducción”. (Bauman, 2000:10).

Esta situación, lejos de responder a una limitación de las libertades individuales, emerge como consecuencia de su acrecentamiento y de la disolución de las trabas que limitan la libertad de elegir y de actuar. Paradójicamente, la actual rigidez del orden normativo emerge como producto de la flexibilización, la liberalización y la desregulación, así como de la creciente fluidez de los mercados financieros y las técnicas de huída implementadas por sus agentes, que llevan a una situación de falta de compromiso y a la ausencia de un proyecto de cambio social que involucre a las personas con deseos de cambiar su situación individual como parte de ese proyecto.

Bajo estas condiciones, la tarea de construir un orden nuevo que remplace el actual, no forma parte de las prioridades de la acción política, ni siquiera está claro cuáles podrían ser las opciones ni cómo podría hacerse viable una opción alternativa*.*

En la modernidad líquida, la disolución de los sólidos adquiere una nueva impronta direccionada a la ruptura de los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos colectivos, que desde la concepción de Bauman constituyen los nexos entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas de orden colectivo.

El poder de licuefacción se desplaza del nivel macro social al nivel micro y del sistema político a las políticas de vida, dando como resultado “una versión privatizada de la modernidad, en la que el peso de la construcción de las pautas y la responsabilidad del fracaso recaen sobre los hombros del individuo” (Bauman, 2000:13).

Primera parte

* 1. La ruptura de las relaciones espacio temporales

Según la perspectiva de Bauman (2000, 2005, 2010), el advenimiento y desarrollo de la modernidad pueden evaluarse empleando diferentes parámetros, sin embargo, existe un rasgo de la vida moderna que sobresale sobre el resto, como diferencia que hace la diferencia y como atributo del que derivan sus demás características, que es la fractura en la relación entre espacio y tiempo.

La modernidad comienza cuando el espacio y el tiempo pueden ser teorizados como categorías independientes, dejando de considerarse como aspectos entrelazados por una relación de correspondencia estable. El espacio constituye el aspecto pesado e inerte mientras que el tiempo simboliza el aspecto ágil y dinámico. Por el contrario en la etapa líquida, la aceleración del tiempo alcanza la máxima velocidad posible llegando a su límite natural. Al reducir el tiempo a la instantaneidad y lograr desplazarse con la velocidad de la señal electrónica, el poder se vuelve extraterritorial, en la medida que ya no se encuentra atado a la resistencia del espacio (Agoglia, 2011).

Esta característica otorga una nueva ventaja para el poder, consistente en la capacidad de ubicarse fuera del alcance de sobre quienes se ejerce el dominio volviéndose inaccesible, poniendo fin a la era del compromiso mutuo entre trabajo y capital. Las nuevas técnicas del poder se encuentran en la capacidad de huida, el escurrimiento, el rechazo a lo concreto y a la responsabilidad, sin tener la necesidad de afrontar los costos ni las consecuencias de sus acciones.

En este nuevo escenario el objetivo no es la conquista del territorio, sino la demolición de las trabas que impiden el flujo del nuevo poder global, tal como señala Bauman, “la guerra de hoy se parece cada vez más a la promoción del libre comercio mundial por otros medios” (Bauman, 2000: 17).

Esta circunstancia constituye el avance de un nuevo nomadismo sobre el tradicional sedentarismo y el principio de territorialidad. La élite global sigue el esquema del amo ausente, gobernar sin cargarse de responsabilidades, evitando establecer cualquier tipo de relación estable con sus subordinados, convirtiendo al compromiso en algo costoso y poco efectivo (Bauman, 2010).

En el universo líquido el espacio puede recorrerse en una fracción de tiempo, dejando de constituir una traba y un límite para la acción del poder global y perdiendo su valor estratégico, en el sentido que si todos los espacios pueden alcanzarse al mismo tiempo, ningún espacio tiene un valor especial (Agoglia, 2011).

La dominación se identifica con la incertidumbre, representada por aquellos que consiguen mantener sus actos libres e impredecibles, a partir de su capacidad de escapar y descomprometerse, despojando a los dominados de la posibilidad de imponer límites a su acción. El capital se convierte en algo volátil e inconstante, su extraterritorialidad le permite desplazarse libremente, “constituyendo su liviandad su mayor fuente de dominación y el factor principal de división social” (Bauman, 2000: 130).

La nueva fuente de ganancias consiste en la desenfrenada velocidad de circulación, de reciclado, envejecimiento, descarte y remplazo, en contraposición a la durabilidad y a la confiabilidad del producto. En un contexto en que la infinidad de posibilidades despoja al tiempo de su poder de seducción, la durabilidad pierde su atractivo, pasando de ser un logro a una desventaja. El corto plazo remplaza al largo plazo convirtiendo a la instantaneidad en el ideal último.

La fractura de las dimensiones espacio-tiempo resultado de los avances tecnológicos, lleva a un incremento de la desigualdad como resultado de la independencia creciente de las elites globales sobre el poder político, cultural y territorialmente acotado, provocando una redistribución asimétrica del poder en beneficio de estas elites de naturaleza extraterritorial y el carácter territorial de la vida en su conjunto (Riechmann, 2014).

En estas condiciones, el poder económico se desvincula de sus obligaciones sociales con las condiciones de reproducción de la sociedad, así como con las generaciones futuras. Siendo esta ausencia de responsabilidades una de las principales estrategias para mantener su condición (Agoglia, 2016).

La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las fuentes de acción colectiva, se señalan como producto de un poder que cada vez resulta más cambiante y evasivo, según sus actuales parámetros y características de descompromiso y capacidad de huida.

Situación que según la posición de Bauman (2005), es resultado de la intromisión de la esfera privada en el espacio público, uno de cuyos efectos es la desintegración de los vínculos sociales y el concepto de ciudadanía, lo que sumado a la ausencia de valores sólidos de los cuales aferrarse, conlleva a que las responsabilidades sociales recaigan sobre los hombros de los individuos, reforzando la sensación de incertidumbre que genera el proceso de individuación en la modernidad avanzada.

* 1. El consumo como autorrealización del individuo

Bajo las condiciones de la modernidad líquida, el arquetipo de la sociedad es la actividad de comprar. El deseo se convierte en principio objetivo único e incuestionable, constituyéndose en el centro de todos los demás propósitos.

Ir de compras significa examinar el conjunto de posibilidades, tocar, palpar y comparar costos. Sensación que no sólo se restringe a adquirir cosas, sino a la búsqueda de ejemplos y recetas de vida, desde donde vislumbrar la mejor forma de permanecer en camino, en una sociedad que permanentemente señala que la felicidad depende de la competencia personal (Bauman, 2010).

En un mundo de opciones infinitas, la capacidad más importante a adquirir es la de ser un comprador diestro e infatigable, lo cual solo puede alcanzarse siguiendo las reglas del mercado. Situación que bajo la perspectiva de Bauman (2000) incluye:

“…comprar la capacitación necesaria para poder ganarse la vida, los medios para convencer a otros de las capacidades propias, el modo de hacer creer a los demás que somos los que usamos, las maneras de hacer amigos, de extraer mayor satisfacción del amor y de no volverse dependiente de él, la mejor manera de ahorrar dinero, de comprar los alimentos más sanos y exquisitos y las dietas para librarse de sus consecuencias. La lista es interminable, no obstante ello, por más larga que sea no incluye la opción de no salir de compras.” (p.80)

Desde esta perspectiva, la historia del consumismo es la historia de la ruptura y el descarte de los sólidos que limitan el libre curso de la fantasía y reducen el principio del placer. En su transcurso, la necesidad (inflexible, permanente y finita) es remplazada por el deseo, más fluido y expandible, para luego ser reemplazado por el anhelo, un estimulante más poderoso pero sobre todo más versátil a mantener la demanda constante, en la medida que completa la liberación del placer (Bauman, 2010).

Si bien el deseo constituye una entidad más volátil y efímera que la necesidad, despertar el deseo del consumidor requiere un trabajo y sobre todo un gasto que los productores no están dispuestos a pagar, consecuencia de ello, el deseo es sustituido por el anhelo, considerado como la máxima expresión de la liberación de las fantasías del consumidor. Bajo la inmediatez del anhelo no existe fundamento, la compra se convierte en algo casual, inesperado y espontáneo.

La vida organizada en torno al consumo, está guiada por la seducción y la satisfacción del anhelo, el límite es el infinito, la idea de lujo no tiene sentido, el punto es convertir el lujo de hoy en la necesidad de mañana, reduciendo al mínimo la distancia entre ambos.

Esta condición constituye una de las características más representativas de la modernidad en su etapa líquida, donde la compulsión de comprar se convierte en una lucha contra la incertidumbre y el sentimiento de inseguridad que genera el riesgo a equivocarse. Consecuencia de ello, a través del consumo se busca aferrarse a una promesa de certeza momentánea materializada en el objeto de satisfacción del deseo (Bauman, 2010).

En un mundo en que lo efímero conforma la materia prima para la construcción de identidades, la obediencia al estándar se logra a partir de la seducción, no de la coerción, presentándose bajo el disfraz de la libre voluntad de elección y no como una fuerza externa. La capacidad de ir de compras se convierte en el camino para lograr la identidad, en un proceso en que el individuo es libre de hacer o deshacer su identidad según su voluntad.

La libertad de elección en que la auto-identificación se logra a partir del uso de productos masivos, es una libertad ficticia condicionada por el mercado, cuya dependencia aparece legitimada por la acción de los medios de comunicación. Con el exceso de oportunidades crecen las amenazas de desestructuración, fragmentación y desarticulación, la tarea de auto-identificación se convierte en fuente de conflicto y actúa como disparador de impulsos contradictorios, resultado de tener que llevarse a cabo individualmente, lo cual conlleva a una competencia despiadada, contraria a toda condición humana que tienda a la cooperación y la solidaridad.

* 1. El proceso de emancipación

Según Castoriadis, el mal que aqueja a la sociedad globalizada es que ha dejado de cuestionarse, se trata de un tipo de sociedad que ya no reconoce la alternativa de otra sociedad y por lo tanto se considera absuelta del deber de examinar demostrar y justificar la validez de sus presupuestos explícitos o implícitos (Castoriadis En: Bauman, 2000).

La crítica actual, se señala como una crítica *light*, incapaz de producir fisuras en el estilo de vida propuesto por el sistema, generando que paradójicamente la libertad ilimitada de la que goza el individuo se perciba como una sensación de impotencia y frustración sin límites.

La modernidad líquida otorga un nuevo sentido a la crítica, encontrando la forma de acomodar el pensamiento y la acción críticos, de modo de permanecer inmune a los efectos de ese acomodamiento, situación de la cual emerge fortalecida.

Esta situación no puede explicarse como resultado de un debilitamiento del accionar crítico, un decrecimiento del interés por el bien común, el descenso de la popularidad del compromiso político o el triunfo de sentimientos hedonistas, categorías que si bien son características de estos tiempos, no representan las causas profundas de este fenómeno, cuya raíz se encuentra en la forma en que la sociedad funciona y se perpetúa así misma y en las grandes transformaciones que han tenido lugar en el espacio público en la sociedad actual (Agoglia, 2011).

Bajo esta perspectiva, la sociedad líquida es tan moderna como su predecesora, sólo que de manera diferente, según observa Bauman (2000) su rasgo distintivo sigue siendo el mismo que diferencia a la modernidad de cualquier otro tiempo histórico:

“la sobrecogedora, inextirpable e inextinguible sed de creación destructiva…limpieza del terreno en nombre de un diseño nuevo y mejorado, desmantelamiento, eliminación…todo en aras de una mayor capacidad de hacer más de lo mismo en el futuro, aumentar la productividad o la competitividad.” (p.33)

Lo que distingue la etapa líquida de la sólida es, en primer lugar, la decadencia de la ilusión de que el camino recorrido tiene un final feliz, un estado de perfección posible, cuya materialización consiste en la instauración de una sociedad buena y justa, de equilibrio sostenido entre relaciones de mercado y satisfacción de necesidades, la cual se logra despojando al futuro de toda contingencia y ambivalencia. En segundo lugar, la desregulación privatizadora de las tareas y responsabilidades de la modernización, aquello que era un trabajo a realizar por la razón, en tanto atributo de la especie humana, ha sido fragmentado, individualizado y dejado en manos de los individuos y sus recursos individualmente administrados.

En este contexto, si bien la idea de progreso no se abandona completamente, la responsabilidad de llevarlo a cabo se vuelca sobre el individuo. El proceso de individualización, rasgo característico de la modernidad, deja de ser lo que era para convertirse en algo diferente, consistente en transformar la identidad humana de un rasgo adquirido socialmente en una tarea individual, cuya responsabilidad recae sobre el propio individuo (Bauman, 2005).

Si bien los riesgos y las contradicciones a los que se enfrentan los individuos siguen siendo producidos socialmente, el peso de la responsabilidad y la necesidad de enfrentarlos recae sobre el individuo. Esta nueva faceta del proceso de individualización en que el interés general no es más que una junta de egoísmos, emociones colectivas y miedo al prójimo, conlleva a la lenta y progresiva desintegración del concepto de ciudadanía, convirtiendo al individuo en su principal enemigo.

Lo que se relaciona en forma directa con la colonización de lo público por lo privado, en cuyo marco, “el arte de la vida pública queda reducido a la exhibición pública de los asuntos privados, al tiempo que los temas públicos que se resisten a esta reducción se transforman en algo incomprensible” (Bauman, 2000: 42).

Según los parámetros de la nueva individualización, lo que anima a los individuos a entrar en la escena pública no es la búsqueda de causas comunes, sino más bien una desesperada necesidad de interconectarse. Compartir intimidades tiende a ser el único método de construir comunidades, cuyos lazos sólo pueden estructurarse en torno a la fragilidad y lo efímero (Agoglia, 2011).

Segunda parte

2.1. Desigualdad social y crisis ambiental

El orden económico internacional globalizado, lejos de mitigar las desigualdades sociales y los desequilibrios ambientales, se estructura sobre la profundización de las diferencias que se producen entre los países o regiones que viven de su ecosistema y aquellos que explotan los recursos de toda la biosfera.

Mientras los primeros, identificados como culturas ecosistémicas, manifiestan interés en proteger sus recursos naturales debido a que su supervivencia depende de ellos, las culturas biosféricas se desarrollan acopiando los recursos de su territorio y los de los ecosistemas ajenos, con la certeza de que una vez explotada una zona se puede explotar la siguiente (Agoglia, 2012).

Según esta perspectiva, la mayoría de los temas de importancia ecológica están condicionados por factores económicos específicos y tienen consecuencias particulares diferentes, según la clase, la raza o el género. Por este motivo, es necesario tener en cuenta el papel preponderante del poder extraterritorial, desempeñado por empresas multinacionales, grandes centros de poder global, así como las clases dominantes nacionales y la banca privada, que son quienes toman las decisiones sobre la explotación, el uso y la distribución de los recursos naturales, como de las estrategias económicas que se deben aplicar.

De lo que resulta que el análisis de las nuevas estructuras que adopta el poder global, constituye un factor fundamental a la hora de entender las causas y consecuencias de la profundización de la crisis ambiental (Agoglia, 2016).

Las estrategias que se adoptan para calcular los índices globales relacionados con la cuestión ambiental, tienden a invisibilizar las responsabilidades desiguales de los países según su posición en la distribución del poder mundial, situación que desde la economía clásica suele identificarse como externalización de las consecuencias negativas. En la medida que las ventajas se internalizan y las desventajas se externalizan las sociedades se estructuran en ganadoras o perdedoras.

Dicha externalización puede tener lugar en una dimensión temporal, espacial o social, es decir, desde el presente al futuro, desde el centro a la periferia o desde las clases altas a las bajas (Sachs, 2003).

Esta situación, pone de manifiesto que la desigualdad social y la crisis ambiental se hallan estrechamente relacionadas y que la apropiación desigual de los bienes ecológicos (recursos naturales, flujos de energía y materiales) y la exposición desigual a los males ecológicos (enfermedades causadas por contaminación, catástrofes naturales) así como las posibilidades de escapar a sus efectos, son diferentes según los grupos sociales y la situación relativa de los países.

Por ello, “la aceptación efectiva y consecuente de los límites del planeta y la superación de las desigualdades entre las diversas sociedades que lo habitan (y dentro de ellas), se consideran problemas interdependientes” (Riechmann, 2005: 216).

Desde los principios de la historia los desequilibrios en el poder y la riqueza se traducen en pautas de apropiación desigual del trabajo humano y de los bienes naturales, desigualdades que se exacerban bajo las relaciones capitalistas de producción, constituyendo la apropiación de la energía y el cálculo de la huella ecológica sus máximos exponentes.

En este sentido, mientras el control de los combustibles fósiles desempeña un papel central en la ampliación de las diferencias de poder y riqueza que caracteriza la historia moderna. La huella ecológica hace referencia al área de la tierra y mar ecológicamente productiva que se requiere para proveer todos los recursos materiales, la energía consumida y para absorber todos los residuos producidos por una población determinada, con el actual nivel tecnológico, sea donde sea que se encuentre esta área (Riechmann, 2005).

A través de esta metodología se puede conocer si una sociedad consume más allá de sus límites biofísicos, es decir, si su huella ecológica excede su propio territorio, si se está apropiando de la capacidad de sustentación de otras sociedades o está abusando de bienes libres, provocando un empeoramiento de las condiciones ambientales en general.[[3]](#footnote-2)

* 1. La ruptura ambiental y las estrategias de solución propuestas

El sistema neoliberal implementado desde la consolidación del modelo de consumo, promueve un proceso de fuertes desequilibrios socioambientales, que por las características que reviste se puede definir como ruptura ambiental. Kapp (1995), señala al respecto que:

“el término ruptura ambiental engloba a todos aquellos fenómenos que afectan la calidad del medio ambiente social y natural del hombre y que tratan sobre cuestiones, que alcanzan al núcleo de la existencia humana y que en su complejidad trascienden el campo de acción y la competencia de cualquier disciplina en particular, razón por la cual, es preciso analizar las cadenas causales que ocasionan dicha ruptura, teniendo en cuenta que, solamente si se observa correctamente el proceso de causación se puede esperar progresar en la tarea de controlar, o al menos limitar, sus efectos más destructivos”. (p.130)

Este proceso de desequilibrio, provoca la reacción de diversos sectores del ámbito científico y social que surgen como respuesta al uso y manejo de los recursos naturales inducido desde el modelo de crecimiento ilimitado y a las desigualdades sociales que conlleva la aplicación del binomio desarrollo-subdesarrollo.

La profundización de la crisis ambiental plantea una disyuntiva en torno a las alternativas de solución propuestas, en el sentido que mientras para los países centrales la estrategia de acción se basa en la implementación de políticas correctoras, para los países periféricos la solución se centra en una redistribución más justa y equitativa de los beneficios y los costos resultantes de la explotación de sus recursos naturales, así como de las tecnologías necesarias para mitigar la degradación de sus ecosistemas.

Dichas alternativas, siguiendo la categorización propuesta inicialmente por Dobson (1997), Leff (2004) y Martínez Allier (2002), entre otros, sintetizan dos modelos divergentes en cuanto al análisis de las causas de la crisis ambiental como a la profundidad y naturaleza de los cambios que implica su superación.

La primera de ellas considera que se pueden ofrecer soluciones viables a los problemas ambientales sin necesidad que se produzcan cambios en las actuales estructuras del sistema de mercado, a partir del establecimiento de políticas basadas en la iniciativa privada y el control normativo, otorgando menor importancia al análisis de los procesos sociales generadores de la crisis y de los posicionamientos teóricos que han legitimado e institucionalizado modelos de desarrollo basados en prácticas depredadoras e insustentables.

Desde esta posición los problemas ambientales son abordados desde un carácter esencialmente técnico, desplazando hacia el individuo la responsabilidad de actuar correctamente.

Por el contrario desde la corriente crítica, se plantea una respuesta sustentada en la implementación de modelos alternativos de producción y consumo, centrando su atención en la necesidad de replantear el valor económico asignado a los bienes naturales, así como en la adopción de opciones tecnológicas de libre transferencia y bajo impacto ambiental.

Bajo esta concepción, los problemas ambientales son considerados como derivados de una estructura económico social determinada, por lo cual resulta fundamental develar las contradicciones del sistema económico, fomentando una lectura crítica de la realidad ambiental, tendiente a clarificar los componentes éticos e ideológicos que se encuentran implícitos en la crisis ecológica y a estimular políticas que habiliten la participación ciudadana en los asuntos públicos que hacen a la resolución de la problemática ambiental (Dobson, 2001).

* 1. Sostenibilidad e indefinición conceptual

Hacia el interior del debate descrito, se plantean diversas interpretaciones sobre lo que se entiende por desarrollo sostenible, poniendo de manifiesto una crisis de identidad conceptual enmarcada en la lucha por la definición y apropiación del concepto de sostenibilidad, utilizado tanto para identificar y promover alternativas a la crisis existente, como para justificar la tesis neoliberal de un crecimiento económico ecológicamente tolerable.

En este marco, según observa Redclift (2000) , el desarrollo sostenible es un concepto cargado de contradicciones que remite a una cuestión confusa, cuya aceptación deriva precisamente de la gran cantidad de acepciones que puede tener y la forma en que se lo puede utilizar en apoyo a una gran variedad de agendas políticas y sociales.

La idea de sostenibilidad aunque deriva de la ciencia, evidencia las limitaciones de la propia ciencia, utilizándose para defender imperativos morales y humanos legitimados a partir de imperativos biofísicos, con lo cual se acentúa la idea de que su fuerza reside en su ambigüedad (Agoglia, 2014).

En su análisis, Redclift (2000) hace referencia al legado histórico a partir del cual se ha fortalecido la idea de desarrollo sostenible, llegando a la conclusión de que la idea de sostenibilidad:

“emerge como resultado de un conjunto de hechos específicos, comenzando con la idea de progreso, asociados con el proyecto de la ilustración, situación que arrastra serias implicancias para las estrategias globales de desarrollo y asegura la continuidad de la hegemonía económica de los países industrializados del norte” (p.19)

Desde su perspectiva, a partir del siglo XVIII comienza una nueva relación del hombre con la naturaleza, influenciada por la teoría de la evolución, la especialización de las ciencias y el desarrollo económico, que definen el contexto en que la sostenibilidad se convierte en un concepto importante. En este marco, existen dos elementos que definen la ambigüedad desde la que se invoca el desarrollo sostenible, por un lado, la idea de progreso, razón y libertad, por otro, la forma en que la modernidad legitima sus prácticas discursivas.

En esta misma línea argumentativa, Guimarães (2002, p.71), sostiene que “la fuerza que ha cobrado el discurso de la sustentabilidad encierra múltiples paradojas”, entre ellas, la impresionante unanimidad en su favor, lo cual resulta contradictorio si se tiene en cuenta el enorme vacío que suele acompañar a los consensos sociales absolutos, más aún, considerando que la misma idea de desarrollo, emerge de la pugna de intereses contradictorios.

Las circunstancias descritas lo llevan a afirmar que más allá de una posible coincidencia en cuanto al agotamiento del sistema vigente, en la realidad, sólo se recurre a la sustentabilidad para introducir restricciones al proceso de acumulación, sin afrontar los profundos cambios político institucionales que implica la reglamentación de la propiedad, el control, acceso y uso de los recursos naturales y los servicios ambientales, del mismo modo que no se promueven modificaciones profundas en los patrones de consumo, dejando entrever que detrás de tanta unanimidad, existen intereses de poder basados en visiones particulares de lo que se entiende por sustentabilidad. Según Guimarães (2002), esta situación:

“responde a una contradicción sistémica a la cual se puede denominar como conservadurismo dinámico, que sintetiza la tendencia inercial del sistema social para resistir al cambio, promoviendo la aceptación del discurso transformador precisamente para garantizar que nada cambie, en un suerte de gatopardismo posmoderno.” (p.73)

Lo cual constituye un ejemplo de la capacidad del sistema de subsumir las contradicciones, cooptando la esencia crítica del concepto de sostenibilidad para convertirlo en algo cargado de simbolismo y vacío de contenido, con el agravante que, en la medida que desde los grandes centros de poder mundial se promueve el desarrollo sostenible, el discurso crítico pierde claridad respecto a su objeto de crítica.

* 1. El dominio del orden económico

Las condiciones antes señaladas, ponen en evidencia la interrelación que existe entre problemática ambiental y modelos de desarrollo. El contexto de crisis estructural, evidenciado como producto de una conciencia de los límites civilizatorios, se contradice con las herramientas teóricas que legitiman y dan sustento a la praxis económica dominante. No obstante ello, son estas perspectivas teóricas las que siguen imponiendo el ritmo y las condiciones del sistema social.

De lo cual se observa que los marcos teóricos de la economía clásica se han perpetuado y generalizado más allá del punto en el que llegan a ser inadecuados e irrelevantes para el tratamiento de nuevos problemas (Agoglia, 2016).

Tal como advierte Kapp (1995), la teoría económica clásica se ha hecho cada vez más abstracta, dejando de brindar herramientas conceptuales adecuadas para el análisis de las causas y las complejas interrelaciones que ocasionan la ruptura ambiental, así como los costos sociales que genera, razón por la cual resulta necesario replantear la adecuación y relevancia de los fundamentos sobre los que esta se sustenta.

Principalmente, por el hecho que la teoría económica tradicional continúa tratando los procesos de asignación, producción, intercambio y distribución, como si ocurriesen en una esfera económica autónoma y cerrada, con efectos poco relevantes sobre el ambiente natural y social, centrando el análisis en relaciones de intercambio reciprocas y voluntarias entre unidades microeconómicas.

Ante estas afirmaciones, Kapp (1995) plantea que la ruptura ambiental no puede explicarse como un fallo de mercado, salvo que se entienda como un fallo del sistema de mercado y de la economía convencional al momento de aceptar las cadenas causales que la originan. En primer lugar, porque la economía tiene un alto nivel de abstracción; en segundo, porque las decisiones y comportamientos que se derivan de estos intercambios no son autónomos, sino que están determinados por las unidades económicas dominantes, las cuales al poseer un interés específico, no pueden considerarse como el resultado de elecciones libres y sobre todo, porque los efectos de la producción y la distribución sobre el ambiente pueden considerarse de todo menos insignificantes.

La problemática ambiental no sólo pone en tela de juicio la teoría económica, sino la eficiencia del mercado como mecanismo de dirección y coordinación en la toma de decisiones de las unidades microeconómicas, teniendo en cuenta que ni los gastos, ni los rendimientos empresariales, ni los precios, constituyen indicadores válidos para medir los costos de la ruptura ambiental.

Este escenario pone en evidencia que la economía clásica no ofrece conceptos claros para interpretar dicha problemática y que, “mientras la economía continúe en esta senda metodológica no existe la esperanza de realizar un análisis adecuado de la ruptura ambiental y sus costos sociales” (Kapp, 1995:157).

Más allá del peso relativo de la teoría económica clásica, en tiempos de la modernidad avanzada resulta innegable el dominio económico de la totalidad de la vida, quedando los demás ámbitos de la estructura social como simples instrumentos de su accionar.

La globalización económica, sustentada en el libre mercado, se vislumbra como algo irreversible, siendo uno de sus principales objetivos la demolición de las trabas que impiden el libre flujo del mercado. En este marco, todo aspecto de la vida que no se refiera a lo económico se considera irrelevante.

Tal como señala Wallerstein (1997), el actual sistema mundo empieza y termina con la acumulación de capital, basado fundamentalmente en la expansión geográfica de la producción y el no pago de sus deudas. Situación que mantiene su hegemonía a través del accionar de las diferentes instituciones que trabajan al servicio de legitimar los valores capitalistas sobre toda objeción social.

Bajo estas condiciones, las medidas que se adoptan en el marco del actual sistema económico, con frecuencia de carácter técnico o limitadas a aspectos subsidiarios, resultan insuficientes o insolventes para afrontar los problemas ambientales. Por el contrario, los procesos de degradación ecológica y social aceleran su ritmo de destrucción en la medida que, se imponen y generalizan las tesis del neoliberalismo, se desregulan las actividades económicas del mercado global y los Estados pierden progresivamente su capacidad de control.

A modo de síntesis

Del análisis desarrollado se observa que si bien Bauman no profundiza de forma directa en el problema de la ruptura ambiental, su perspectiva constituye una referencia fundamental al momento de abordar la incidencia del proceso de globalización sobre las relaciones espacio-temporales y su influencia sobre la disolución de los vínculos sociales, así como la respuesta crítica que genera dicho proceso.

Las dimensiones descritas se encuentran estrechamente relacionadas con la profundización de la ruptura ambiental y con la evidente contradicción que surge entre sus crecientes manifestaciones y las estrategias de solución propuestas desde la Declaración de la Tercera Cumbre de la Tierra, desarrollada en el año 2002, cuyos resultados ponen de manifiesto las relaciones de poder que atraviesan el discurso ambiental dominante, desviando la atención de las responsabilidades que le caben a cada uno de los países hacia posicionamientos desde los cuales la mayor responsabilidad recae sobre los individuos, lo cual implica un retroceso en los avances obtenidos a nivel del debate conceptual, como en los logros alcanzados en materia de participación social y horizontalidad en la toma de decisiones.

Esta situación se vislumbra como efecto de la intromisión de la esfera privada en el espacio público, uno de cuyos efectos es la desintegración de los vínculos sociales y del concepto de ciudadanía, lo que sumado a la ausencia de valores sólidos de los cuales aferrarse, conlleva a que las responsabilidades sociales recaigan sobre los hombros de los individuos, reforzando la sensación de incertidumbre que genera el proceso de individuación en la modernidad avanzada.

En este sentido, la desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las fuentes de acción colectiva, se señalan como producto de un poder que cada vez resulta más cambiante y evasivo, acorde con sus actuales características de descompromiso y capacidad de huida.

El traspaso de las responsabilidades sociales al ámbito individual, señalado por Bauman como una de las características esenciales de la modernidad líquida, se constituye en el contexto social para la primacía de aquellas posiciones que consideran que la solución de la problemática ambiental remite fundamentalmente a un cambio en las actitudes individuales, lo cual respondiendo a los mecanismos de reproducción de la modernidad líquida, evidencia que, al recaer el peso de la acción social sobre los individuos aislados se pierde de vista el origen causal del problema dificultando sus posibilidades de resolución.

Dicha situación refuerza la sensación de incertidumbre que genera un sistema que al mismo tiempo que responsabiliza al individuo de todos los males sociales, incluso de la crisis ambiental, refuerza y promueve el dominio de actitudes y valores tendientes a garantizar el funcionamiento de un modelo económico emancipado de todo tipo de condicionamiento ético, sin ofrecer ningún tipo de opción colectiva más allá de la posibilidad de sentirse identificados por la compra de un producto determinado.

A través de la ruptura de las relaciones espacio-temporales y la lógica de la inmediatez, el sistema invisibiliza las relaciones de poder que subyacen al proceso de ruptura ambiental favoreciendo que las grandes corporaciones no asuman las responsabilidades que les caben en el deterioro ambiental.

En un contexto social caracterizado por el fin de la era del compromiso mutuo, resulta paradójico bregar por un modelo de desarrollo sostenible, más aún cuando el acceso al poder se asocia al rechazo a lo durable y a la celebración de lo efímero.

La identificación de la autorrealización con la capacidad de consumir y la exaltación de lo fluido sobre lo sólido, se contraponen en forma directa con los principios sobre los que se estructura el discurso de la sostenibilidad. Contradicción que se manifiesta a la hora de llevar a la práctica las transformaciones sociales e individuales que implica ser coherente con este discurso, más aún si se considera la capacidad del sistema de acollar el pensamiento crítico, como una forma de permanecer inmune a los efectos de la crítica.

Esta circunstancia deriva de las grandes transformaciones que han tenido lugar en el espacio público, lo cual responde a la forma en que la sociedad moderna funciona y se perpetúa. La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las fuentes de acción colectiva, se vislumbran como un efecto colateral de la levedad y la fluidez de un poder extraterritorial cada vez más escurridizo, cambiante y evasivo.

La desintegración social es tanto una afección como un acierto de las nuevas técnicas de poder, que emplean como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida, teniendo en cuenta que cualquier trama densa de nexos sociales con base territorial implica un obstáculo que debe ser eliminado.

Desde esta perspectiva, así como es difícil concebir una cultura que rechaza lo durable, también resulta difícil concebir una moralidad indiferente a las consecuencias de las acciones humanas, que rechaza la responsabilidad por los efectos que esas acciones pueden ejercer sobre otros. El advenimiento de la instantaneidad lleva a la cultura y a la ética a un territorio inexplorado donde la mayoría de los hábitos aprendidos para enfrentar la vida han perdido toda utilidad y sentido.

La alternativa propuesta se estructura en torno a la reconfiguración del espacio público como lugar de encuentro y debate, reconectando las necesidades individuales con los intereses colectivos, recuperando el rol de la ciudadanía, a partir del accionar del pensamiento crítico, cuyo principal objeto es hacer visibles aquellos dispositivos que dificultan la conformación de una sociedad en la que los individuos se perciban como parte de un objetivo común. Rescatando y poniendo nuevamente en valor el sentido del pensamiento crítico, de hacer visibles los obstáculos que entorpecen el camino a la emancipación y al diseño de estrategias colectivas tendientes a la conformación de un nuevo orden social que responda a principios de justicia social y ambiental.

De lo cual se concluye que la comprensión crítica de la crisis ambiental constituye un punto de partida inexcusable para las actuales teorías del conocimiento, no sólo para interpretarla en toda su extensión, sino para imaginar estrategias alternativas de resolución.

REFERENCIAS

AGOGLIA, O. (2011). La crisis ambiental como proceso. Un análisis reflexivo sobre su emergencia, desarrollo y profundización desde la perspectiva de la teoría crítica. Tesis de Doctorado, Girona: Universitat de Girona.

--- (2012). La incidencia del proceso de instrumentalización de la razón sobre la ruptura del proyecto moderno y la emergencia de la crisis ambiental. En: Arias, M.A & Camacho, C. (eds.), *Educación y formación ambiental: algunos escenarios en la educación superior* (pp. 105-126). Sinaloa, Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología e Instituto de Investigación y Defensa del Ambiente.

 AGOGLIA, ARCOS y PÉREZ SOSA, M. (2014). “El debate sobre la sostenibilidad desde la posición del pensamiento ambiental crítico”*.* En: Revista Interacçoes. Lisboa, Instituto de Educação Universidadea de Lisboa. Portugal, v. 10, n. 31, pp. 219-238.

AGOGLIA, D’AMICO, SALES y ROMERO. (2016). *La corriente ambiental crítica como marco explicativo y respuesta alternativa a la crisis ambiental*. En prensa.

BAUMAN, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

--- (2005). *Ética posmoderna.*Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.

--- (2010). *Mundo Consumo*. Barcelona. Ediciones Paidós.

DOBSON, A. (1997). *Pensamiento político verde. Una nueva ideología para el Siglo XXI.* Barcelona, Ediciones Paidós.

--- (2001). *Pensamiento Verde. Una antología*. Madrid, Editorial Trotta S.A.

GUIMARÃES, R (2002). *La ética de la sustentabilidad y la formulación de políticas de desarrollo.* En: *Ecología Políticas, Naturaleza, Sociedad y Utopía.* Buenos Aires, CLACSO.

KAPP, K. (1995). *La ruptura ambiental, un desafío para las Ciencias Sociales.* En. Aguilera F. *Economía de los recursos naturales: un enfoque institucional*, Madrid, Visor-Fundación Argentaria, 1995.

LEEF, E. (2004) *Saber Ambiental. Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.

MARTÍNEZ ALLIER, J. (2002). *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Barcelona, Icaria.

REDCLIFT, M. (*2000). El desarrollo sostenible, necesidades, valores, derechos*. En: Bárcena, Ibarra y Subyaga. *Desarrollo sostenible un concepto polémico.* Bilbao, Universidad del País Vasco.

RIECHMANN, J*.* (2005). *Un mundo Vulnerable. Ensayos sobre Ecología, Ética y Tecnociencia*. Madrid, Los libros de la Catarata.

--- (2014). *Un Buen encaje en los ecosistemas*, Madrid. Los Libros de la Catarata.

--- (2015) *Tratar de comprender. Ensayos sobre sustentabilidad y eco-socialismo*, Bogotá Editorial Universitaria.

SACHS, W. (2003). “Medio ambiente”. En: Sachs, W. (coord.) *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. México, Galileo ediciones.

WALLERSTEIN, I (1997). *El futuro de la civilización capitalista*. Barcelona. Icaria.

1. Forma parte de una de las líneas abordadas en el proyecto de investigación: “*Sociología y ética ambiental. Análisis y profundización del Pensamiento Ambiental Crítico, en tanto corriente teórica explicativa y respuesta alternativa a la crisis ambiental”,* financiado por la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado de la UNCUYO, periodo 2016-2018. [↑](#footnote-ref-0)
2. Según diversos autores, este proceso se identifica como: sociedad postindustrial, capitalismo tardío, modernidad radicalizada, modernidad avanzada, sociedad del riesgo, alta modernidad, modernidad líquida o modernidad reflexiva. Más allá de las diferentes denominaciones que se le asignen, desde las distintas versiones se coincide en señalar que, frente a quienes sostienen que la modernidad ha sido sobrepasada, este proceso se caracteriza por la radicalización y la universalización de las categorías en que se sustenta el proyecto moderno, rompiendo las premisas de la sociedad industrial que abre paso a una modernidad distinta, siendo éste el sentido que se adopta en el presente trabajo. [↑](#footnote-ref-1)
3. En los noventa, el consumo humano excede la bio-capacidad en una tasa del 30 por ciento, del cual el 80 es consumido por los países que tienen una huella ecológica mayor a la capacidad de carga global. Esta situación indica que el daño ambiental originado por las pautas de producción y consumo de los países poderosos casi siempre afecta en mayor medida a los más desvalidos y quienes más expuestos están a los desastres naturales (Riechmann, 2005: 218-219). [↑](#footnote-ref-2)